

Julio Da Rosa, un lúcido testigo

Nuestra gente está necesitando volver su atención hacia la tierra, que debe ser distribuida y explotada adecuadamente para posibilitar la propia subsistencia del país. Para el veterano escritor ruralista Julio C. Da Rosa, resulta inconcebible que actualmente existan estancias de diez mil hectáreas que ocupan sólo a tres o cuatro peones, cuando cada vez son menos los establecimientos pequeños, situación a la que a la "poco a poco nos hemos venido acostumbrando".

Da Rosa, quien antes de la dictadura militar ocupara una banca como diputado del Partido Colorado por su entrañable departamento -Treinta y Tres-, explica en esta nota su convencimiento en cuanto a la necesidad imperiosa de atenuar la inmemorable "terrofobia" de nuestra población, para revalorizar la injustamente devaluada cultura del hombre del interior. Profundo conocedor de la dramática problemática social que padecen los jóvenes que emigran del campo en busca de nuevos y mejores horizontes, el entrevistado advierte sobre la importancia de viabilizar la tan elogiada ley que dio origen al Instituto Nacional de Colonización -inexplicablemente inaplicada-, y de educar a nuestros niños acerca de la significación que la tierra adquiere para el país en la actual coyuntura.

El reconocido hombre de letras comenzó consignando que en el presente mantiene total vigencia su visión de lo que dio en llamar, desde hace ya medio siglo, la "terrofobia". En aquella época, siendo veinteañero, apreciaba una suerte de falsa oposición entre ese concepto y el de civilización, dado que "el hombre que aspiraba a ser civilizado o culto debía huir de la tierra o, al menos, tratar de emanciparse de ella".

Esta situación fue vivida en carne propia por el litera-

to en su juventud, primero cuando tuvo que ir a la capital olimareña para culminar sus estudios secundarios, y más tarde cuando se afincó en Montevideo para cursar preparatorios.

"Nosotros éramos canaritos grotescos recién llegados, y se nos marcaba como hombres alejados de la civilización; incluso en materia literaria, que era mi debilidad", apunta al recordar que "era un paisano redondo" cuando llegó a Treinta y Tres desde sus pagos natales, muy próximos a esa ciudad (60 kilómetros).

LA VIGENCIA DE UNA TRILOGÍA

Ahondando en sus evocaciones, Da Rosa indicó que en ese entonces "ya había nacido el menosprecio por la literatura campesina, que se denominaba regional.

Y allí había otra falsa oposición entre regionalismo y universalismo, cuando la novela más universal se ubica 'en un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme'. O al decir de Tostoi: 'si quieres ser universal, describe tu aldea'... ¿Quién no sabe que 'Cien años de soledad' es una novela regionalista, así como 'Las Palmeras Salvajes', 'Doña Bárbara', 'El Mundo es Ancho y Ajeno', 'Martín Fierro', 'Ismael', las novelas de Jorge Amado, y tantas otras? ¿Y quién puede negarles universalidad?"

Sin embargo, añadió que esa contraposición aún persiste y que la situación permanece incambiada, tanto en lo vinculado con los conceptos de civilización y "terrofobia" como en los aspectos literarios a que aludiera anteriormente. A fin de testimoniar "la trayectoria hacia el sur que cumplíamos los jóvenes del interior, y siguen cumpliendo las actuales



generaciones, para emerger a la civilización desde el fondo silencioso y solitario de los campos", años atrás el entrevistado proyectó escribir una ambiciosa trilogía novelística cuyo último capítulo se halla recién en gestación. En la primera obra ("Mundo Chico"), describió abundante y nostálgicamente los avatares de la vida rural de sus épocas juveniles, y los pormenores del "aquerenciamiento y el amor del hombre" hacia la tierra.

Como el mayor de ocho hermanos, al terminar el tercer año de primaria (allí se finalizaba la escuela rural) hubo de marchar solo a Treinta y Tres a continuar estudios secundarios. Con trece años, y al padecer "la primera gran herida del desarraigo", debió afrontar el "imponente contraste" de la vida urbana con la que había conocido hasta entonces, en la necesidad de integrarse a su nuevo medio.

PERDIDA DEL PAISAJE

Este proceso de "acostumbramiento a la ciudad"

constituyó la fuente de inspiración para la segunda parte de la referida trilogía, a la que tituló "Rumbo sur".

Como tantos otros jóvenes, de ayer y de hoy, Julio Da Rosa debió sufrir "la gran nostalgia de la pérdida del paisaje querido y del terruño", afincándose en Montevideo y procurando amoldarse a su dinámica y a sus hábitos. Así recuerda el autor a "aquellos centauros de poncho, de mucho andar por esas extensiones, convertidos de la noche a la mañana en mandaderos", y limitándose a compartir "alguna rueda de truco" en la ciudad, mientras envejecían rememorando tiempos idos.

Sobre la culminación de ese azaroso proceso de hombres y mujeres de la campaña mimetizados en la capital, Da Rosa aspira a basar la tercera novela ("Punto final"), que redondeará un valioso testimonio acerca de una problemática social muy honda de buena parte de nuestra población.

REVERTIR EL DESPRECIO POR LA TIERRA

"Cada vez creo más firmemente que el país debe mirarse más a sí mismo, en profundidad. No caben dudas de que la gente está necesitando volver a la tierra, no solamente por razones individuales o colectivas sino por motivaciones de naturaleza económica. A mi entender, sin su tierra este país no avanza; y hablo de la tierra explotada como corresponde, sobre todo apuntado a la diversificación de la producción", asentó al referirse a la necesidad de instrumentar una planificación apropiada del territorio y a "una mejor repartición" del mismo.

Al respecto, subrayó

que "hay todavía estancias de ocho a diez mil hectáreas, y que tienen tres o cuatro peones", manifestándose contrario a "ese régimen al que de a poco nos hemos ido acostumbrando".

En ese plano, puntualizó que habría que llevar a la práctica de una vez "la ley madre que creó el Instituto de Colonización, que es elogiada por todo el mundo pero que no se aplica, por diversas razones". Tras advertir que hay cerca de veinte mil aspirantes a colonos esperando a ser contemplados, aseveró que "ha llegado la hora" de poner en vigor dicha norma comenzando por efectuar alguna experiencia piloto en la materia.

EDUCAR PARA REVALORIZAR

Para ello será menester, a su juicio, transformar "hasta las costumbres mentales" de nuestra gente, y "atenuar aquella terrofobia, el desprecio por la tierra y por la vida rural".

En tal sentido, advirtió además que en el presente se sigue llamando "folclore envejecido" a la temática que trata los escritores ruralistas, y desvalorizando la vasta y rica cultura del hombre del interior.

Asimismo, estimó que debería crearse una especie de asignatura en primaria para que nuestros niños se eduquen acerca de lo que representa el campo, ya que sin éste "el Uruguay no puede existir". Según asegura el escritor, existe una avidez inmensa por conocer aspectos de la vida campestre y de la fauna, que no es satisfecha por la enseñanza que se imparte en las escuelas.

"Todavía tengo la esperanza de que mis nietos, así como ocurrió con mis hijos, vayan a ser hombres de la tierra", concluyó significando Da Rosa.

A.B.



Impresos NOAS
 Duplicación Offset
 Planillas - Círculos - Volantes
 - Boletines - Revistas
 Sindicatos
 precios especiales
 Montevideo 1514 Tel.: 95 74 37

Alberto Bocage (h)